

gaña. ¡Ah enemigo cruel y traidor, que me has tenido ciego! Venguémonos ahora de él, venguémonos: hijos de Dios, tomád las armas en la mano, hacéd la guerra al demonio, guerra viva y constante, sed fuertes, y de corazon robusto; pues peleáis con san Miguel, peleáis por la honra de vuestro padre y de vuestro Dios: vive Dios, que serán destruidos todos los enemigos (1), y serán como el polvo delante del viento, decia David (2). Bastará el soplo de la ira de Dios para disiparlos y destruirlos: peleamos la guerra del Señor, ánimo: peleamos por nuestra salvacion, constancia: peleamos contra unos enemigos mil veces vencidos, no temamos: allí está san Miguel pronto á socorrernos. Resolvamos hacer desde hoy contra los demonios resistencia fuerte, resistencia hasta morir, resistencia hasta conseguir la sillas que ellos perdieron, y que nos esperan en la gloria. Amen.

(1) *Psalm. 67. v. 2.* (2) *Psalm. 34. v. 5.*

DISCURSO

PARA EL DIA DE LA DEDICACION

DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.

(DE TRONCOSO.)

Consurget Michael, princeps magnus, qui stat pro filiis populi tui.
Saldrá el grande príncipe Miguel para defender los hijos de tu pueblo.
Daniel, c. 12. v. 1.

Católico y religioso pueblo: al contemplaros hoy reunidos en este santo templo, tributando los anuales obsequios que de largo tiempo vienen formando el testimonio mas auténtico de vuestra confianza en la proteccion benéfica de vuestro insigne patron el arcángel san Miguel, sorprendida mi imaginacion á vista de vuestra piedad en unos dias tan aciagos y tristes, parece que me traslado á la ciudad de Babilonia, y que escucho las palabras que al jóven Daniel dirigió el ángel por mandado del Señor, para consolar la afliccion que le causaban los males sin cuento que veía venir sobre su desventurada patria y sobre toda la nacion santa del pueblo de Dios. Afectado sobre manera gemia el profeta, al ver la destruccion de la tierra ilustre de la Judea, que habia de ser consumada por la perfidia de un rey sanguinario del Norte, que entrando á sangre y fuego en aquel país mal aventurado, talaria sus campos, llenaria de oprobio sus habitantes, y reduciria á todos á la mas bárbara y ominosa esclavitud. Nada se ofrecia á la imaginacion del virtuoso jóven sino hierros, sangre, lamentos, desolacion, exterminio. Contempla hollado el testamento santo de Dios; Jerusalem víctima del pillaje de un monarca impío y sumamente procaz; los ídolos falsos ocupando el sitio del Dios de Sabaot y domi-

nando sobre la cima del alcázar santo de Sion. Todo esto revolvía Daniel con su mente, y su sola idea le llenaba de aflicción y haciale desfallecer; cuando hé aquí que el mismo ángel que le había anunciado todas estas calamidades, le conforta, le anima y le saca de su mortal letargo, diciéndole: no temas, Daniel; si bien todas estas cosas deben realizarse porque así lo ha decretado el Señor, llegará el tiempo del consuelo y de la alegría. « El gran príncipe de la milicia celestial, Miguel, se « levantará para ser el defensor de los hijos de tu pueblo; y á « los negros días que le sumieron en el llanto y la aflicción, « sucederán días serenos de prosperidad y de bonanza, y un « tiempo cual jamas se ha visto desde que comenzaron á existir « las naciones; y en aquel tiempo tu pueblo será salvado, y lo « será igualmente todo aquel que se hallare escrito en el libro: » *Consurget Michaël, princeps magnus, qui stat pro filiis populi tui, etc.* (1).

Y ¿no podré yo dirigiros hoy estas mismas palabras consoladoras, bienhadados habitantes de este pueblo? Mas, ah! vosotros no tenéis que esperar estos días vaticinados á Daniel: tiempo há que llegaron; siglos y generaciones mil vienen corriendo sin interrupcion desde que el gran príncipe Miguel se constituyó protector y defensor celosísimo de vuestros hogares y de vuestros hijos. En medio de las crisis mas espantosas y de las continuas revueltas que viene atravesando el universo, siempre se ha visto dominar sobre ese altar santo la efigie sagrada de ese celestial arcángel, como genio tutelar de este pueblo. A él acudieron vuestros padres y vuestros venerables abuelos; y cuando, abatidos por la prevision de desgracias lamentables, de ensangrentados choques, de guerras intestinas ó extrangeras, se creían al borde del abismo, una voz muda, pero bien perceptible á unos corazones animados por la fe, enjugaba sus lágrimas y los consolaba como en otro tiempo á Daniel, diciendo: « No temáis; Miguel, príncipe grande y esforzado, está en « medio de vosotros para defender á vuestros hijos y los intercesores de vuestro pueblo. » *Michaël, princeps magnus, stat pro filiis populi tui.*

¡Qué motivo de consuelo y de confianza para vosotros el haber elegido por protector de vuestro patrio suelo, á aquel espí-

(1) *Dan. c. 12. v. 1*

ritu celeste que, entre todos cuantos rodean el solio del omnipotente Monarca de cielos y tierra, mereció solo el renombre de *grande!* Un ángel consoló á la triste y afligida Agar, cuando en medio del desierto veía ya expirante y casi exánime á su querido hijo Ismael; un ángel detuvo el brazo de Abrahan, cuando levantando el cuchillo iba á sacrificar sobre el Moria al inocente Isaac; un ángel se declaró protector de Jacob, cuando huía des-pavorido de las asechanzas y negros designios que contra él meditaba su hermano Esaú; y en medio de los campamentos de Madian, y en los muros de Betulia, y en la corte del rey de Egipto, y en las filas de Senaquerib, los ángeles fueron siempre los enviados por Dios, ora como ministros de sus venganzas contra los impíos, ora como defensores y ministros de sus misericordias en favor de los fieles observadores de su ley santa.

Pero vosotros, mas dichosos (si me es lícito decirlo) que aquellos pueblos, contáis con la proteccion singularísima de aquel ángel fuerte, y denodado campeón, á quien vió san Juan en la vision de Pátmos, volando por medio del cielo clamando y animando á los demas á defender la causa del Dios de los ejércitos; de aquel caudillo aguerrido y capitan valeroso, que saliendo á la lucha armado de celo, segun la expresion de Isaías, se hizo temible sobre las ruínas de sus enemigos; de aquel, en suma, á quien la Iglesia, nuestra madre, llama jefe de los celestiales espíritus, á quien honran todos los habitantes de la inmortal Jerusalem.

Tal es, católicos, el carácter de vuestro insigne patron y defensor; y en este carácter sublime fundo yo la materia de mi discurso y el origen de vuestra confianza; porque Miguel es un ángel de paz; que así como fué elegido para defender la gloria y majestad de Dios en el cielo, es tambien un celosísimo protector de los que le honran y veneran sobre la tierra. Invoquemos los auxilios divinos por la intercesion de la Reina de los ángeles, dirigiéndole áquellas tiernas cuanto sublimes palabras, *Ave Maria.*

REFLEXION ÚNICA

Que el mundo, centro de la iniquidad y en cuyo seno hierve la soberbia, domina el egoísmo, y las pasiones todas encuentran apologistas venales y asalariados, sea frecuentemente el lúgu-

bre teatro de mil sangrientas revoluciones, nada tiene de extraño. El hombre observador, que con la luminosa antorcha de la historia recorre el vasto campo de los pasados siglos, contempla pasmado y silencioso un portentoso número de acontecimientos, que, escritos con caracteres de sangre, han marcado sus huellas por toda la redondez del globo. Aquí ve á los siquimitas rebelándose contra su rey Abimelec, el cual hubiera perecido víctima de los conjurados, á no haber sido por la fidelidad de Zebul. Allí mira la Asiria hecha el teatro de la rebelion de Arbacer y Belésis contra Sardanápalo, que muere incendiado en su palacio de Nínive, despues de haber sufrido un sitio de dos años. Por una parte Sedecías se subleva contra Nabucodonosor, y coge por fruto la ruina de su imperio. Por otra Ciro hace la guerra á los medos, arruina la monarquía de los caldeos, y establece su dominacion sobre las provincias del Oriente: y las conjuraciones de los egipcios contra Filopator, de Trifon contra Demetrio, de Alejandro contra Gabinio, de Augusto contra Antonio, y... pero á dónde voy? No es posible reducir á guarismo esa serie espantosa de monumentos, que la historia ha legado al mundo, para patentizar los frutos funestísimos que en todos tiempos ha producido el orgullo y la soberbia del hombre. Por todas partes el carro de la revolucion ha arrastado en pos de sí millares de víctimas, para ser sacrificadas ante las inmundas aras del egoísmo y de la tiranía. Nada hay, repito, que extrañar que esto suceda en la tierra, en donde el primer prevaricador sembró el gérmen mortífero de una rebelion, que dura y durará hasta la consumacion de los siglos. Pero que el cielo sea convertido en campo de batalla; que los ángeles se rebelen contra su soberano Monarca, que los crió para lucir en las eternas mansiones como estrellas refulgentes y esplendorosas... Ah! esto pasma; increíble parece de todo punto atentado tan alevé y horroroso. Y sin embargo, señores, ello es indudable que el cielo fué el primer teatro de la rebelion mas espantosa; allí se elevó la negra enseña de la guerra contra Dios, y dióse el grito de alarma para derrocar al Omnipotente de su eterno solio.

Los Libros santos nos ofrecen la pintura de esta lucha encarnizada trabada en las empinadas alturas del cielo. Lucifer es quien levanta el primero el estandarte de rebelion; y puesto á la cabeza de una muchedumbre de espíritus soberbios, clama,

vocifera y con bronca voz, que hace estremecer las bóvedas celestes, dice: *yo seré semejante al Altísimo; sobrepujaré la altura de las nubes; estableceré mi trono sobre las estrellas de Dios: sentaréme sobre el monte del testamento* (1); y diciendo..... Mas qué! ¿faltará por ventura quien con valor denodado se presente á lidiar contra el Leviatan soberbio? ¿No habrá quien tome por su cuenta defender la causa del Todopoderoso, abatiendo la pujanza de ese ángel malo, que aspira á dominar sobre el dominador de cielos y tierra? Sí, católicos: he aquí á Miguel, príncipe de la celestial milicia del Rey inmortal de los siglos. Millares de millares le siguen en pos para tomar parte en la lucha. Armado de la virtud del Omnipotente, y ardiendo en celo por la gloria de su rey, se presenta á la liza, y diciendo: *quis sicut Deus?* quién como Dios? traba la pelea contra Lucifer y sus miserables huestes. Un silencio profundo reina en aquel campo, en donde se disputan por los unos, y se defienden por los otros, los derechos del inmortal Monarca. Solo se oye el ruido de las armas, que blandidas con singular destreza por Miguel y sus ángeles, hieren, confunden, abaten á sus débiles adversarios. Ya la victoria no puede existir un momento indecisa: Lucifer, ciego con su altanería y soberbia, debilita las fuerzas de la rebelion. Anímase entónces Miguel; pone en vergonzosa fuga los enemigos; repara la gloria del Señor con el castigo de los prevaricadores; brama el mar; estremécese la tierra; ábrense los senos del abismo, y Lucifer con sus adeptos caen encadenados en la profunda sima que les prepara su orgullo, y desaparecen del cielo para toda la eternidad (2). Entónces se oyen en todos los ámbitos de aquella mansion celestial voces á millares que con melodiosos acentos entonan el himno de triunfo al Dios de Sabaot, diciendo: *Llegado es el tiempo de la salvacion del poder y del reino de nuestro Dios y de su Cristo* (3). *Salud, honor, virtud, gloria y bendicion al que es, al que era, y al que ha de ser por los siglos de los siglos* (4).

Qué victoria tan portentosa! Ved, pues, católicos, si con razon podemos decir de nuestro ínclito arcángel Miguel, que es el defensor celosísimo y esforzado de la gloria de Dios, y á quien se han cometido siempre los intereses de su santo nombre. Lo

(1) *Isai. c. 14. v. 13 et 14.* (2) *Apoc. c. 12. v. 7 et 8.* (3) *Ibid. v. 10.*
(4) *Ibid. v. 13.*

es en efecto ; y la Historia sagrada conserva monumentos irrefragables de esta verdad. Si el procaz Faraon osa insultar con desprecio el nombre santo y terrible del grande Adonai, Miguel es el encargado de conmovier los elementos y enviar contra el obstinado príncipe plagas terribles, que, si bien no le mueven á adorar al Dios de los hebreos, le obligan á temer y respetar su soberanía. Si en los campamentos de Senaquerib se insulta al Dios de Israel por los soldados del impío y sacrílego príncipe, Miguel se presenta con espada en mano, y en una sola noche hace morir ciento ochenta y cinco mil hombres en castigo de sus blasfemias. ¿ Intentan los hijos de Madian oponerse á los desig-nios de Dios? Miguel conforta á Gedeon ; y este, con solo trescientos hombres, extermina un grueso y poderosísimo ejército de adoradores de Baal, y da por su misma mano la muerte á los impíos y feroces Zebec y Salmana. Ni se crea enervar la fuerza de estos y otros innumerables hechos que omito en gracia de la brevedad, oponiendo cual lo han hecho ciertos críticos mordaces y descontentadizos, el silencio que las sagradas pági-nas observan, al referir estos hechos, acerca del nombre de nuestro ilustre arcángel. Cierto es, señores, é innegable que en ellos no siempre se nombra á Miguel, y solo se señala por autor de ellos á un ángel en comun ; pero, fuera de que el mismo Dios, asegurando á Daniel por medio de un celestial mensajero, el éxito feliz que habia de tener la guerra trabada contra los persas y demas pueblos enemigos del nombre de Dios, le dijo estas palabras : « Yo te hago saber que nadie me ayuda en todas estas cosas (esto es en aquellas en que se atraviesa la gloria de Dios), sino Miguel que es vuestro príncipe : *Nemo est adjutor meus in omnibus his, nisi Michaël, princeps vester* (1) ; prescindiendo, digo, de esta y muchas pruebas que pudiéramos aducir en confirmacion de nuestro aserto, no podemos ménos de respetar la autoridad de Moises, obispo de Siria, de san Atanasio, de san Cirilo Alejandrino, de san Gregorio papa y otros muchos autores, no ménos ilustrados que eminentes en santidad y méritos, que con el diácono Pantaleon sostienen esta piadosa creencia.

Mas sea de esto lo que quiera, y á pesar de las objeciones que oponen á estos hechos ciertos hombres, que, incrédulos por sis-

(1) *Dan. c. 10. v. 21.*

tema y pirrónicos por conveniencia, solo acostumbran prestar su asenso á aquellas cosas que están sujetas al cálculo ó á las combinaciones numéricas, no será menor la gloria de nuestro inclito arcángel, y siempre quedará cierto é incontestable que Miguel es un ángel de primer orden, el príncipe de la celestial milicia, que elegido por Dios para exterminar la soberbia y pujanza del infernal Dragon, se hizo digno del honroso título de defensor celosísimo de su gloria y majestad adorable, llenando perfectamente el significado de su nombre que se interpreta : *quién como Dios?* Y ¿podríamos dudar que él es tambien un protector poderosísimo de los que le honran y veneran sobre la tierra?

Aquí, señores, seria la ocasion de implorar en nuestro auxilio los monumentos de la antigüedad histórica ; y desarrollando sus pergaminos, ¿qué serie tan bella de acontecimientos sorprendentes deslumbrarian nuestra vista acerca del asunto que estamos tratando ! Apénas hay en la larga carrera de los siglos que venimos atravesando, uno solo que no haya sido testigo de mil prodigios obrados por la invocacion de nuestro celestial arcángel san Miguel. Aquí le invoca el gran Cuniberto en el calor de una ensangrentada batalla ; Miguel le aparece y pone en sus manos una espada prodigiosa, que, blandida con valor por aquel esforzado capitan, pone en precipitada fuga á sus enemigos, sembrando en sus campamentos el luto y la muerte. Allí se encomienda á él Alejandro Farnesio en el sitio de la ciudad de Ambéres, que con tenacidad ciega sostenian los herejes, y dejándose ver Miguel radiante de gloria y majestad, asegura al católico príncipe del éxito feliz de aquella empresa, que debia ser coronada con una inesperada victoria. Ora le llama el rey de Portugal, Don Alonso Enríquez, y presentándosele Miguel en talle y armadura de guerrero, pelea á su lado, y al golpe de su espada quedan destrozadas las huestes del sanguinario Albarac, rey moro de Sevilla, que con impiedad desmedida osó insultar el nombre católico. Ora... ¿á dónde voy? Hablen por mí un Luis XI de Francia, un Alonso de Aragon, un Wamba y un Ramiro, monarcas todos aguerridos, no ménos que católicos, y cuenten los admirables triunfos que mas de una vez reportaron por la invocacion del príncipe de la milicia celestial, contra los enemigos del nombre de Dios. Mas si estos hechos, y otros muchos que citar pudiera, os parecen sospechosos en

razon del silencio en que el tiempo los ha sepultado, aunque referidos por escritores piadosos é imparciales, hablen esos grandiosos edificios erigidos en su honor, esas órdenes ilustres fundadas bajo su advocacion, monumentos todos destinados á perpetuar la gratitud debida á los beneficios que el mundo cristiano experimentó en sus mas graves conflictos, y en sus mas desesperadas empresas. Y tú, España, levanta tu voz y renueva en el corazon de tus hijos la memoria de aquel día grande, en que congregado bajo los auspicios de nuestro ilustre arcángel el tercer Concilio Toledano, viste desaparecer para siempre el horrendo monstruo del arrianismo, que infestando esta tierra clásica del catolicismo, por tantos años habia ejercido en ella su infando y sacrílego imperio.

Y ¿podriais dudar vosotros un punto de la proteccion benéfica de ese celestial arcángel, que el Señor os dió por patron y defensor insigne, para velar continuamente sobre vosotros y sobre vuestros hijos? Ah! ¿Quién sabe las gracias que habrán llovido sobre este pueblo, desde que adoptó por genio tutelar á Miguel, colocando su sagrada efigie sobre la cima de ese altar santo? Tal vez cubiertas con el sagrado velo del misterio, habrán pasado mas de una vez desapercibidas á vuestra vista. Sin embargo yo no puedo dudar que habrán sido muchas, insignes y dignas de la mas sincera y cordial gratitud. Quizas á no haber mediado la intercesion del arcángel san Miguel, veces mil hubierais visto agostadas vuestras fértiles campiñas; rios de sangre hubieran inundado vuestras casas; el hambre, la miseria, la enfermedad, el contagio hubieran convertido vuestras calles en una vasta tumba, en donde la infeccion y el horror hubieran morado; la apretada y huesuda mano de la muerte hubiera señalado con su dedo de hierro vuestros hogares; y desde el anciano decrepito y tembloroso hasta el tierno y balbuciente recién nacido, hubieran perecido víctimas de la cólera de un Dios justamente irritado por las prevaricaciones de su pueblo. Ah! yo me figuro al Eterno blandiendo la espada de su furor sobre vuestras cabezas, y á Miguel prosternándose en su presencia, é intercediendo en vuestro favor, mucho mejor que Moí es en favor de los israelitas. Figúrome... ¿mas para qué fatigar vuestra atencion? Si entre los mismos gentiles los templos de los dioses eran mirados como un lugar de asilo, en donde los perseguidos hallaban la mas completa seguridad con-

tra sus perseguidores; si el mismo Tulio no dudó afirmar que la sola vista de un héroe era suficiente para inspirar al corazon los mas felices resultados; nosotros ilustrados con las luces de la fe, ¿dejaremos de reconocer la poderosa influencia que los siervos de Dios ejercen en el ánimo del que les colocó en la triunfante Sion, para ser desde allí los defensores de los que aún militan en esta mansion del llanto y del dolor? No es posible dudemos un momento acerca de esta verdad consoladora; y de aquí ¿qué felicidad la vuestra de tener en aquel lugar de proteccion al que entre todos los celestiales espíritus es reconocido por príncipe y caudillo, y á quien con especialidad se ha confiado la defensa de los pueblos, que militan bajo la sagrada enseña del Rey de los ángeles! Ah! ¡dichosos mil veces vosotros, si supierais aprovecharos de una proteccion tan singularísima, cual se halla vinculada á la mediacion de vuestro tutelar arcángel! Si miéntras que otros pueblos se lanzan en los brazos de una incredulidad que los degrada y envilece, á la par que les prepara su ruína y su completa infelicidad, vosotros, permaneciendo fieles en las creencias de una Religion que toda es amor, observáreis los preceptos de vuestro Dios y Señor, hiciéreis justicia al pobre y al desvalido, y os apartáreis de las envenenadas máximas del siglo; confiád en vuestro insigne patron; y si la impiedad, levantando una voz aleve, os sigue en pos con desmesurados gritos, no temais; corréd presurosos al templo del Señor, fijád vuestra vista en esa imágen sacrosanta de vuestro arcángel protector; elevád como él vuestras voces, y decid: *quis sicut Deus?* ¿quién hay en el cielo ni en la tierra semejante á nuestro Dios, grande, magnífico y poderoso, para obrar portentos y maravillas? Y á este eco de gloria y bendicion, se confundirán sus enemigos entre el polvo, y veréis correr de la cima de ese monte pingüe y cuajado de maravillas, raudales copiosísimos de gracias en mayor abundancia que los que en otro tiempo se desprendieron de los montes de Galaad. No tendrás, ó pueblo fiel, no tendrás que envidiar la piscina de Jerusalem, cuyas aguas movidas por el ángel, sanaban de sus dolencias á los que en ellas se sumergian. Tú tienes en este templo santo una piscina mucho mas saludable, y en Miguel el ángel mas poderoso, que moviendo los efluvios de la misericordia que rebosan del corazon amantísimo de tu Dios, neutralizará los influjos maléficós de las dolencias temporales y

espirituales. Allí quedarán encadenados á los piés del invicto Miguel el furor del infierno, el aguijon de la muerte y el poder de las tinieblas; porque él es, segun me propuse demostrar al principio de este discurso, un ángel de paz, que así como fué elegido para defender la gloria y majestad de Dios en el cielo, es tambien un celosísimo protector de los que le honran y veneran sobre la tierra.

Reconoce pues tu gloria, ó pueblo fiel; ella está cifrada en haberte destinado la Providencia por protector insigne el ilustre arcángel san Miguel. Reconozcan todos los deberes que hácia él han contraído; y el jóven y el anciano, y la tierna doncella, no ménos que la virtuosa madre, ofrezcan hoy sus votos al Señor en este templo santo por las manos del celestial arcángel. Jamas se aparten de vuestra memoria sus beneficios, ni cesen de día y de noche vuestros cánticos de gratitud y alabanza. Sea él vuestra guía en las dudas y perplejidades; vuestro consultor en las empresas arduas y difíciles: vuestro modelo y ejemplar en el celo ardoroso con que defendió los intereses de la gloria del Señor. Por último, en señal de gratitud, de reconocimiento y de amor, deponed sobre el ara santa vuestros enternecidos corazones.

Aceptádos, ó santo arcángel; y sirva para recordaros en todo tiempo el empeño que habéis contraído de ser siempre el protector benéfico de este pueblo, que con lágrimas implora hoy vuestra mediacion. Mirád pues propicio á todos estos, que hoy se hallan congregados á ofrecerte sus anuales obsequios. Y pues sois el primer ministro del Rey de las eternidades, á quien este encargó las almas de sus escogidos, y cuya intercesion, como canta hoy la Iglesia, conduce á los hombres al reino de los cielos (1), no ceséis de orar por vuestros protegidos; á fin de que despues de haberos ofrecido en este santo templo el tributo de nuestra gratitud y cordial afecto, llegue un día, en que nos hallemos con vos reunidos en el templo inmortal de la gloria. Amen.

(1) *Eccles. in RR. Lect. 4 et 5 ofc. huj. diei.*

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN RAFAEL ARCÁNGEL.

(DE TRONCOSO.)

Ego sum Raphael angelus, unus ex septem qui adstantur ante Dominum... Cum essem vobiscum, per voluntatem Dei eram: ipsum benedicite, et cantate illi.

Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor... Mientras he estado con vosotros, he estado por disposicion de Dios: bendecidle pues, y cantád sus alabanzas.

Tobias, c. 12. v. 15 y 16.

Comprometido hoy á formar el panegírico de nuestro ilustre arcángel san Rafael, confieso, señores, que no es tanto la falta de ideas la que me abruma y confunde, cuanto su misma multiplicidad, que aglomerándose á la vez en mi imaginacion, ofusca mi mente y produce una dificultad suma en la eleccion. Leía yo y releía lo que acerca de este espíritu celeste nos legaron las sagradas páginas, y cada vez una nueva idea venia á trastornar las que ántes habia concebido. Preciso fué pues elegir la que mas oportuna me pareció, atendidas siempre las actuales necesidades de la época. Vedla aquí.

Siglos há que entre los hombres se oye hablar de una virtud, cuyo origen remonta hasta la eternidad misma, pues que ella está identificada con el mismo Dios. Dios es caridad, ha dicho el apóstol y evangelista san Juan; y esta es aquel lazo que estrecha á todos los seres con su Criador, haciendo que con él permanezcan para siempre: *Deus charitas est, et qui manet in charitate in Deo manet* (1). Para demostrar pues su origen exclusivamente divino, y prevenir las argucias de una ciencia,

(1) *I. Joan. c. 4. v. 16.*